

# EL CONDE BELISARIO

ROBERT GRAVES

# EL CONDE BELISARIO

Traducción de Arturo Casals



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Count Belisarius*

Diseño de la sobrecubierta: 

Traducción de Arturo Casals

Primera edición: enero de 2025

© by Trustees of the Robert Graves Copyright Trust

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2<sup>ª</sup> 1<sup>ª</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

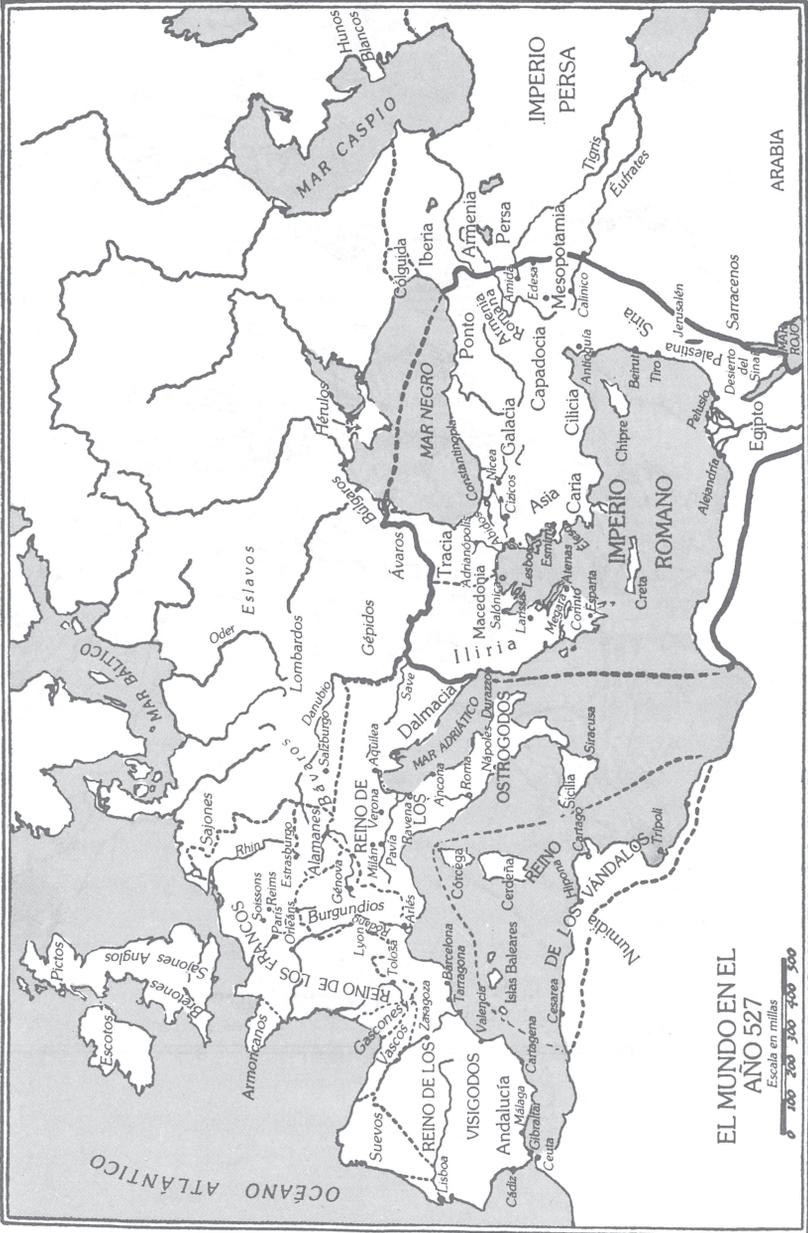
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6032-5

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 20176-2024

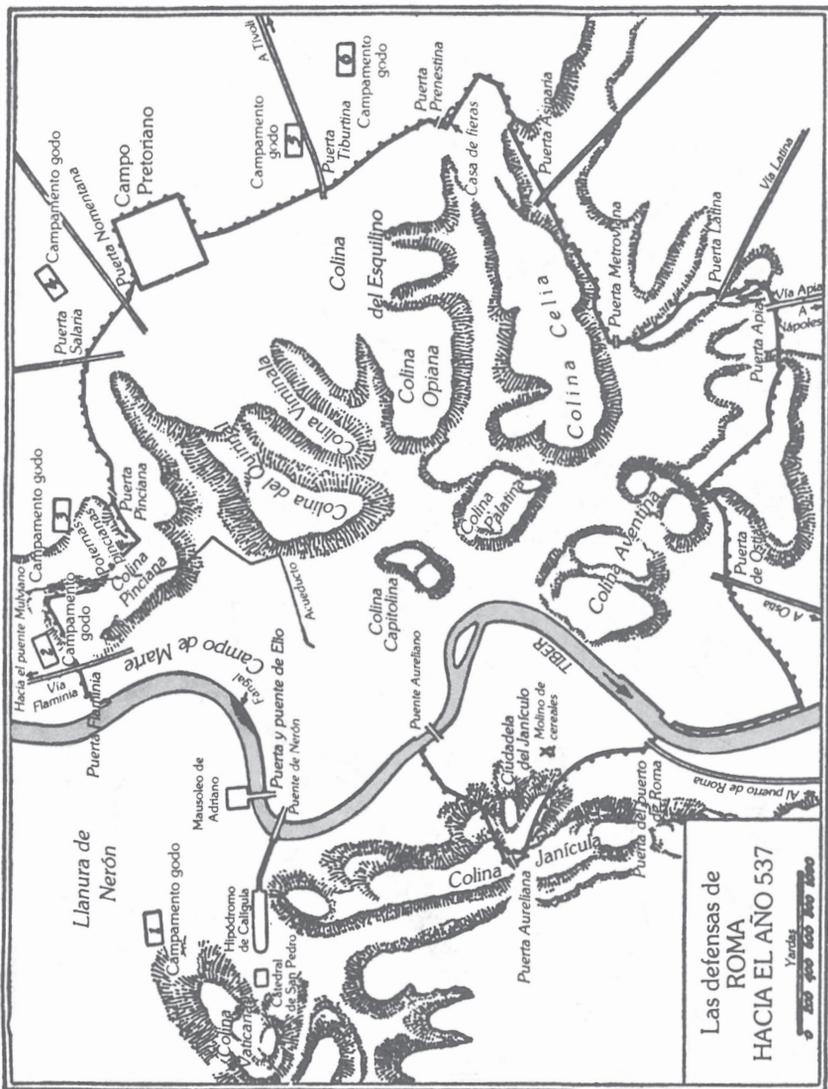
Impreso en España



**EL MUNDO EN EL AÑO 527**

Escala en millas











## NOTA PRELIMINAR

A la mayoría de la gente le cuesta relacionar lógicamente a los personajes de la antigüedad clásica con los de la época romántica de la leyenda medieval. El rey Arturo, por ejemplo, parece pertenecer a una época muy anterior a Julio César; no obstante, su cristianismo lo sitúa varios siglos más tarde.

En esta historia del conde Belisario se verá cómo se superpusieron ambas épocas. He aquí un general romano cuyas victorias no son menos romanas, ni sus principios estratégicos menos clásicos, que los de Julio César. Sin embargo, el ejército ha cambiado hasta volverse casi irreconocible, pues la vieja legión de infantería ha desaparecido al fin, y Belisario (uno de los últimos romanos a quien se honró con la dignidad de cónsul y el último a quien se honró con un triunfo) es un comandante cristiano de caballeros con cota de malla, casi todos de origen bárbaro, cuyas proezas individuales rivalizan con las de los héroes del rey Arturo. En sus tiempos se producen situaciones típicamente románticas. Por ejemplo, pérfidos villanos encierran a doncellas cautivas en tétricos castillos de las colinas (durante las incursiones moriscas en el África romana), y sus caballeros parten gallardamente al rescate con estandartes y lanzas.

El elemento milagroso en la historia del rey Arturo es en parte saga primitiva y cuento popular, en parte misticismo monástico de tiempos mucho más tardíos. Pero, en el caso de Belisario, la principal autoridad en lo que respecta a su vida privada y sus campañas no fue un godo o un huno de su Regimiento

Personal —quienes sin duda las habrían transformado en una épica fantástica que los monjes habrían adornado en los siglos posteriores—, sino su culto secretario grecosirio, Procopio de Cesarea. Procopio era, en principio, un escritor juicioso, de buena formación clásica, como lo era Agatías, quien nos ha legado el último capítulo militar; de modo que en este caso no hubo, como en el de Arturo, ningún desafuero romántico. Al parecer, el rey Arturo histórico fue un reyezuelo bretón con mando en la caballería aliada, a quien los romanos abandonaron a su suerte cuando retiraron la infantería regular de las guarniciones británicas, a principios del siglo v. Si su cronista hubiera sido un Procopio, los ogros y naves encantadas y magos y bestias aullantes no habrían figurado en la historia, salvo quizá como digresión en las leyendas británicas de la época. En cambio, tendríamos un par de lúcidos capítulos sobre la historia militar tardía de los romanos: los valerosos afanes de Arturo para preservar un vestigio de civilización cristiana en la región occidental, ante la presión de la invasión pagana. Y el caballo de Arturo habría sido una robusta montura militar, no un corcel encantado llevándolo por los aires en pos del milenio cristiano.

Belisario nació el último año del desastroso siglo v (el siglo del rey Arturo), en el cual los anglosajones habían devastado el sur de Gran Bretaña; los visigodos, España; los vándalos, África; los francos, Galia; los ostrogodos, Italia. Murió en 565, cinco años antes del nacimiento del profeta Mahoma.

Donde los datos existentes son escasos, he tenido que cubrir las lagunas de la Historia con ficción, pero en general he tenido en mente un equivalente histórico, de modo que, si esto o lo otro no ocurrió exactamente así, es probable que haya ocurrido algo similar. El triángulo amoroso Belisario-Antonina-Teodosio, por ficticio que pueda parecer, ha sido adaptado con muy pocas alteraciones de la Historia secreta. Tampoco es exagerada la exposición que aquí se hace de la política de la Iglesia

y el Hipódromo en el siglo VI. El único personaje inventado es Modesto, tío de Belisario, un típico ejemplar de literato romano de la edad de los oropeles. Los dos documentos italogóticos citados en el texto son auténticos.

Las distancias se dan en millas romanas, prácticamente equivalentes a las millas inglesas, o sea poco más de un kilómetro y medio cada una. Los toponímicos se han modernizado en los casos en que ello contribuía a hacerlos reconocibles.

Tengo que agradecer a Laura Riding la gran ayuda que me ha brindado en cuestiones de lenguaje y de narrativa.

R. G.

# 1

## LA NIÑEZ DE BELISARIO

Cuando Belisario tenía siete años, su madre, que era viuda, le dijo que había llegado el momento de dejarlos, a ella y a la servidumbre de la finca de Tchermen, en Tracia, para ir a la escuela de Adrianópolis, una ciudad a pocas millas de distancia, donde estaría bajo la tutela del hermano de ella, el eminente Modesto. Obligándolo a jurar por las Sagradas Escrituras —era cristiana de rito ortodoxo—, lo comprometió a cumplir con el juramento bautismal realizado en nombre del niño por los padrinos de Belisario, que habían muerto recientemente. Belisario juró, renunciando al mundo, a la carne y al demonio.

Yo, el autor de este trabajo en griego, soy persona de poca importancia, un mero doméstico, pero pasé casi toda mi vida al servicio de Antonina, esposa del tal Belisario, y debéis dar crédito a lo que escribo. Ante todo, permitidme citar una opinión de mi ama Antonina sobre este juramento de Tchermen: ella aseguraba que era descabellado comprometer a niños pequeños mediante semejantes juramentos espirituales, especialmente antes de que hubieran asistido a la escuela o hubieran tenido una mínima experiencia del mundo de los hombres, las mujeres y los clérigos. Era tan antinatural, decía, como obligar a un niño a cargar con un objeto molesto: por ejemplo, a llevar siempre consigo, adondequiera que fuese, un pequeño tronco; o a no volver nunca la cabeza sobre los hombros, girando, en cambio, todo el

cuerpo, o bien a mover los ojos, tal vez, independientemente de la cabeza. Por cierto, éstos serían grandes inconvenientes, pero ninguno tan grande como los que implica el juramento solemne de renunciar al mundo, la carne y el demonio para un joven noble destinado al servicio de su sagrada majestad, el emperador de los romanos de Oriente, quien reina en Constantinopla. Pues, o bien, cuando el niño llega a la adolescencia, rompe el juramento, víctima de las tentaciones, y el corazón se le llena de remordimientos, en cuyo caso pierde confianza en su propia fortaleza moral, o bien rompe el juramento, de la misma manera, pero sin remordimiento alguno, porque el mundo, la carne y el demonio le parecen deliciosos, en cuyo caso pierde toda noción de la naturaleza solemne de un juramento.

Pero Belisario era un niño tan excepcional, y llegó a ser un hombre tan extraordinario, que ninguna dificultad que le entorpeciera el camino podía haberle preocupado demasiado. Por tomar el ejemplo absurdo que daba mi ama: habría adaptado fácilmente el cuerpo a la norma de no volver nunca la cabeza sobre los hombros y habría dado al hábito un aire de nobleza, no de rigidez. O habría trajinado con el tronco siempre a cuestras y lo habría hecho parecer el objeto más conveniente y necesario del mundo –un arma, un taburete, una almohada–, de tal modo que incluso habría iniciado una moda urbana de troncos elegantemente tallados y taraceados. Y, por cierto, esa moda no sería más tonta ni supersticiosa que muchas de las hoy en boga entre los jóvenes petimetres de las facciones rivales del Hipódromo, y muchas más que han pasado transitoriamente en este siglo fatigoso: modas en barbas, capas, juramentos, juguetes, perfumes, juegos de azar, posturas carnales, expresiones de afecto, afrodisíacos, argumentos y opiniones religiosas, relicarios, dagas y confituras.

Belisario, de todas maneras, encaró este peligroso juramento con el mismo candor resuelto con que el joven Teseo de Atenas juró ante su madre, viuda, que vengaría la muerte de su pa-

dre enfrentándose al monstruoso Minotauro del Laberinto de Creta, que comía carne humana.

Si fue fiel o no al juramento, lo juzgaréis vosotros después de leer esta historia. Pero permitidme aseguraros, si sois cristianos, o tal vez clérigos quienes leéis esto, que Belisario no compartía en absoluto vuestros hábitos mentales, y daba poca importancia al dogma; y que cuando llegó a estar al frente de una gran corte prohibió todas las disputas eclesiásticas dentro de las paredes de su hogar, pues las consideraba infructuosas para el alma y dañinas para la paz familiar. Al principio, la decisión fue de mi ama Antonina, pero al cabo de un tiempo él la aprobó y adoptó, e incluso sometió a la misma disciplina a obispos y abates, cuando los recibía como huéspedes.

De modo que éste fue el primero de sus tres juramentos; el segundo fue el de lealtad a su emperador, el viejo emperador Anastasio, en cuyo reinado nació, y más tarde a los dos sucesores de Anastasio; y el tercer juramento fue el de lealtad a mi ama Antonina, su esposa. Estas observaciones servirán como prefacio al texto que sigue, que estoy escribiendo en mi extrema vejez en Constantinopla en el año del Señor de 571, o sea mil trescientos seis años después de la fundación de la Ciudad de Roma.

Belisario nació en el año 500 de Nuestro Señor, y a su madre esto le pareció de mal agüero, pues al Diablo, creía ella, se le permitiría dominar esta tierra mil años, y al cabo de ese período la Humanidad sería al fin redimida: por lo tanto, el año del nacimiento de su único hijo coincidía, como ella decía, con el centro mismo de la larga y negra noche que separaba el primer día de gloria del segundo. Pero yo, Eugenio el Eunuco, confieso que tales opiniones me parecen supersticiosas y absolutamente indignas de gentes sensatas, y no otra era la opinión de mi querida ama Antonina en estos asuntos.

El joven Belisario se despidió obedientemente de su madre y sus servidores, quienes (juntando esclavos con hombres

libres y contando los niños y los viejos) sumaban unas doscientas almas; y montando su elegante caballo blanco cabalgó hacia Adrianópolis. Lo acompañó Juan, el hijo del mayordomo, un muchacho armenio de su misma edad que había sido teniente de Belisario en el pequeño ejército privado que él había formado con los niños que vivían en la finca; y Paleólogo, un preceptor griego que ya le había enseñado los rudimentos de la lectura, la escritura y la aritmética; y dos esclavos tracios. Paleólogo iba desarmado, pero los esclavos llevaban espadas, y Belisario y Juan de Armenia empuñaban arcos ligeros, adecuados a su fuerza, con unas pocas y certeras flechas. Ambos niños eran ya muy diestros con el arco, tanto a pie como a caballo, lo cual era de esperar, pues los armenios son una raza belicosa y Belisario era de ascendencia eslava, según lo indica su nombre, Beli Tsar, que significa «el Príncipe Blanco»; los eslavos paganos, que viven allende el río Danubio, son arqueros y jinetes notables. La familia de su padre se había instalado en Tchermen cien años atrás, y estaba totalmente romanizada y había ascendido al segundo de los tres rangos de nobleza.

El viaje desde Tchermen fue a campo traviesa, no por la carretera principal entre Constantinopla y Adrianópolis, que pasa cerca de esta aldea. Varias veces, Belisario y Juan, con el permiso del preceptor, se alejaron del camino para cazar; y Belisario tuvo la suerte de capturar una liebre, que les sirvió de comida esa noche en la posada donde se proponían alojarse. Era sólo una posada pequeña, poco frecuentada, y la vieja posadera estaba profundamente consternada: el esposo había muerto hacía poco, al caer sobre él la rama de un olmo mientras cuidaba las vides, y luego el esclavo había huido, robando el único caballo de los establos, y ahora podía estar en cualquier parte. Sólo le quedaba una joven esclava, que cuidaba con poca pericia de los animales y las vides mientras ella hacía las faenas domésticas. Los viajeros entendieron que en esa posada ellos mismos debían proveerse

de alimentos y cocinarlos. De los dos esclavos, uno era porteador, un hombre fuerte y valeroso, sin conocimientos ni versatilidad, y el otro, Andreas, era un joven a quien habían educado como asistente de baños; ninguno de los dos sabía adobar una liebre. Paleólogo envió al porteador en busca de leña y agua, y ordenó a Andreas que frotara con arena la mesa grasienta. Él mismo desolló y troceó la liebre, que pronto estuvo cociéndose en una olla con hojas de laurel, col, cebada y un poco de sal. Juan de Armenia revolvía la olla con una cuchara de cuerno.

—Tengo un paquete de granos de pimienta negra de Ceilán que mi madre envía como presente a mi tío Modesto —dijo Belisario—. Me gusta esta pimienta india. Produce picazón en la boca. El presente no perderá mucho valor si muelo unos pocos granos en el molinillo que los acompaña, para aderezar nuestra sopa de liebre.

Abrió la alforja y extrajo el paquete de pimienta negra y el molinillo y se puso a moler. Siendo sólo un niño, molió demasiado para una comida de cinco personas; hasta que Paleólogo, observándolo, exclamó:

—¡Muchacho, aquí hay pimienta suficiente para un Cíclope!

Luego, mientras se cocía la liebre, Paleólogo les contó la historia, que ellos nunca habían oído, de Ulises en la caverna del Cíclope, y de cómo encendió una estaca en el fuego y, embriagando al Cíclope, le perforó el único ojo con la punta llameante. Los niños y los esclavos escuchaban riendo, pues Paleólogo, citando la obra de Eurípides, imitó con mucha gracia al Cíclope enceguecido. Luego pusieron la mesa para tres —los esclavos comerían aparte, más tarde— y sirvieron en las copas vino de una jarra de arcilla ahumada que habían encontrado en un aparador. El esclavo Andreas cortó para ellos rebanadas de pan con su cuchillo de monte.

Al fin, la comida estuvo prácticamente lista, pues a la liebre sólo le faltaban unos minutos de cocción. Paleólogo le había

añadido dos o tres cucharadas de vino, una pizca de pimienta, una ramita de romero y un poco de acedera amarga que la vieja trajo del huerto. De vez en cuando, probaban la sopa con la cuchara de cuerno. Habían encendido cuatro velas de sebo, y Andreas debía despabilárlas cuando la mecha se entreabría. Pero en ese momento feliz se oyó un gran ruido en la puerta e irrumpieron seis hombres armados hasta los dientes, griegos asiáticos por la lengua, y lo echaron todo a perder.

Con ellos traían a un joven de rasgos delicados, decentemente vestido, atado de pies y manos de tal modo que no podía caminar. Parecía un artesano o un comerciante acaudalado. El cabeçilla, un tipo muy corpulento, cargaba al prisionero al hombro como un costal de grano y lo arrojó en el rincón junto al fuego, supongo que porque era el lugar más alejado de la puerta, en caso de que quisiera escapar. El hombre estaba evidentemente desesperado y sin duda pensaba que lo asesinarían. Más tarde supieron que se llamaba Simeón y era un burgués de ese distrito. Le había tocado en suerte presentarse en nombre de los otros burgueses de la zona ante un poderoso terrateniente llamado Juan de Capadocia, para suplicarle que pagara el impuesto territorial que debía, o al menos una parte, pues hacía tiempo que aquel joven rico evadía esa obligación. Ahora se exigía al distrito el pago de tantas libras anuales de oro al erario imperial, y las tierras de Juan de Capadocia estaban tasadas en un valor que era inferior al real, pero que equivalía a un tercio del impuesto total del distrito. Los burgueses, a causa de las malas cosechas y una reciente incursión de saqueadores hunos de Bulgaria, con propiedades que estaban tasadas muy por encima de su valor real —el gobierno les había cedido terrenos yermos, todos ciénaga y piedra, pero valuados como buena tierra de labranza—, estaban tan enormemente endeudados que quedarían en la ruina si Juan de Capadocia no accedía a pagar su parte. Pero él siempre se negaba. Tenía un séquito de hombres armados, casi todos capa-

docios, como estos seis, que insultaban y aporreaban a los representantes de los burgueses cuando iban a su castillo a exigirle el pago.

Quizás en mi historia haya muchos Juanes, además del armenio y el capadocio, pues Juan es el nombre que comúnmente adoptan los extranjeros cuando se convierten a la fe cristiana (toman el nombre de Juan el Bautista o Juan el Evangelista), o el que los amos cristianos dan a sus esclavos. También es frecuente en los judíos, entre quienes se originó. Así que distinguiremos a estos Juanes por la patria de origen o, en caso de que sea insuficiente, por sus apodos de costumbre: Juan el Bastardo, Juan el Epicúreo y Juan el Sanguinario, entre otros. Pero hay un solo Belisario en mi historia, y es tan fuera de lo común como su nombre.

Aparentemente, pues, por los alardes de los capadocios y las quejas del desdichado prisionero, Simeón había tenido la osadía de ir con una partida de alguaciles armados al castillo de Juan de Capadocia, con el propósito de persuadirlo de pagar al menos una parte razonable de la deuda, pero guardias armados con espadas y mazas lo habían atacado en las puertas. Los alguaciles habían abandonado a Simeón de inmediato, y él había sido capturado. Juan de Capadocia, que pasaba el otoño cazando en su finca, salió con su aire fanfarrón y preguntó al sargento de la guardia quién podía ser ese individuo. Los guardias hicieron una reverencia ante Juan, quien les infundía el mismo respeto que infunde normalmente un patriarca o el gobernador de una diócesis, y respondieron:

—Un recaudador de impuestos algo extraño, alteza.

—Pues dadle un fin algo extraño —exclamó Juan de Capadocia—, para que ningún recaudador de impuestos vuelva a molestarme en mis propiedades tracias.

Entonces, seis de ellos, capitaneados por el sargento, ataron a Simeón de pies y manos, lo tendieron sobre la grupa de un

caballo y partieron con él al momento, ansiosos de complacer al amo con su prontitud.

Mientras cabalgaban, conversaron sobre el destino que correría el cautivo. El sargento invitó a sus hombres a hacer sugerencias.

—Atémosle una piedra al cuello y arrojémoslo a una laguna —dijo uno.

—Es un crimen ante Dios envenenar el agua —objetó Simeón—. Mi cadáver propagaría una peste. Además, lo que propones no es una muerte extraña: es la muerte común que las esclavas dan a los cachorros. ¡Pensad otra cosa! —El sargento dio la razón a Simeón, y siguieron cabalgando.

Luego, otro capadocio propuso sujetarlo a un árbol y atravesarlo a flechazos.

—¿Blasfemarías —interrumpió de nuevo Simeón— infligiendo a un mero recaudador de impuestos la misma muerte que sufrió el santo mártir Sebastián de Milán? —Esta objeción también les pareció digna de respeto, y siguieron cabalgando. Un tercer hombre sugirió empalarlo, y un cuarto despellejarlo, y el quinto propuso enterrarlo vivo. Pero en cada ocasión Simeón se mofaba de las sugerencias, y les decía que sin duda el amo los castigaría si regresaban para informarlo de que lo habían ejecutado por medios tan corrientes o triviales. El sargento intervino y dijo al fin:

—Si puedes sugerirnos una muerte lo bastante insólita, te lo agradeceré y la llevaré a cabo según tus deseos.

—Que tu amo pague su deuda voluntariamente —repuso Simeón—. Te aseguro que entonces moriré de asombro, y jamás se habrá sabido de una muerte más extraña en la diócesis de Tracia.

El sargento le golpeó en la boca por su impertinencia, pero aún no había decidido cómo matarlo. Empezó a llover, y los capadocios vieron luz en la posada, de modo que ataron los caba-

llos en el establo y entraron para beber un poco de vino y seguir deliberando.

Paleólogo les oyó mencionar el nombre del amo, a quien conocía por su reputación de hombre rencoroso y pendenciero, y no quiso hacer nada que ofendiera a los esbirros. Les preguntó si le harían el honor de beber vino a sus expensas.

El rudo sargento no respondió, pero, como estaba cerca de la olla, que despedía un aroma muy tentador, se volvió a sus compañeros y exclamó:

—¡Estamos de suerte, amigos! Este viejo barbudo ha previsto nuestra llegada y nos ha cocinado una liebre.

Paleólogo fingió tomarlo a broma.

—Oh, griego entre los griegos —le dijo al sargento—, esta liebre no basta para diez adultos y dos niños, uno de los cuales, para colmo, es un noble. Pero si tú, y quizás algún otro, queréis uniros a nosotros...

—Viejo insolente —replicó el sargento—, sabes bien que esta liebre no te pertenece. Es robada, sin duda propiedad de mi amo Juan, y no probarás bocado de ella. Más aún, cuando hayamos terminado de comer me pagarás a mí, como representante de mi amo, una multa por el robo. Me entregarás diez piezas de oro o todo lo que te encuentre en los bolsillos. En cuanto a tu noble, nos servirá. ¡Amigos, vigilad la puerta! ¡Desarmad a los dos esclavos!

Paleólogo comprendió que era inútil resistirse. Ordenó a Andreas y al porteador que entregaran sus armas pacíficamente, y así lo hicieron. Juan de Armenia y especialmente Belisario, que había cazado la liebre y ansiaba saborearla, estaban muy furiosos. Pero callaron. Luego Belisario recordó la caverna del Cíclope y decidió embriagar a aquellos rufianes para contar con ventaja si tenían que luchar contra ellos.

Muy cortésmente, empezó a oficiar de copero, escanciando el vino sin añadirle agua, y diciendo: